

JUNTA MAYOR  
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES  
DE LA SEMANA SANTA  
DE LEÓN

PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
LEÓN 2021

A cargo de  
D. XUASÚS GONZÁLEZ

Auditorio “Ciudad de León”  
León, 20 de Marzo de 2021



LEÓN





**JUNTA MAYOR  
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES  
DE LA SEMANA SANTA  
DE LEÓN**

**PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
LEÓN 2021**

A cargo de  
D. XUASÚS GONZÁLEZ

Auditorio “Ciudad de León”  
León, 20 de Marzo de 2021

Dep. Legal: LE-142-2019

## *Una Semana Santa distinta*

Fue en un día muy especial, como buscado a propósito en el calendario, cuando uno de mis sueños –¡qué sería de la vida sin sueños!– comenzó a hacerse realidad... a miles de kilómetros, en los Estados Unidos, y en plena luna de miel; casi un año después de casarnos –sí–, pero luna de miel en todo caso...

Apenas unas horas después de que Mercurio ‘se paseara’ por delante del Sol –un tránsito que no se volverá a repetir hasta el año 2032– y poco antes de sentarme en el sofá que ha hecho famoso la célebre serie de televisión *The Big Bang Theory* –en el sitio de Sheldon Cooper, ni que decir tiene–, comenzó a sonar mi teléfono móvil: «Manolo JDO»...

Esa llamada del, lejano ya, 11 de noviembre de 2019, me debería haber traído a este auditorio el 28 de marzo del año pasado, pero la covid-19 lo impidió y hoy, por fin, puedo ocupar este atril, en esta tarde-noche que se anticipa de alguna manera a ese día que todo el León cofrade tenemos marcado en morado en nuestro calendario... Seis días. Apenas seis días...

Excelentísimo y reverendísimo señor obispo de León; ilustrísimo señor alcalde de la capital de este viejo reino; señor presidente de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de la Semana Santa; representantes de las penitenciales de esta ciudad; autoridades; amigos; papones; hermanos; amantes, en definitiva, de nuestra Semana Santa:

Me presento ante vosotros, henchido y desasosegado a partes iguales por el inmenso honor y la enorme responsabilidad –y, quizás, hasta osadía– que supone para mí ocupar el mismo lugar desde el que insignes personalidades han dejado momentos para la historia en los cincuenta pregones de la Semana Santa de León; cincuenta y uno si contamos el de 1962, el primero de todos, pronunciado por el escritor y periodista Pedro de Lorenzo y Morales y organizado, eso sí, por la delegación provincial de Información y Turismo, y no por la Junta Mayor.

Gracias, José Antonio, por tu presentación. Tus palabras, además de las del alcalde de León, han sido también las de un papón; y así, si cabe, suenan todavía mejor... Solo ha faltado un poco de incienso... pero, en honor a la verdad, mi único mérito –si es que se puede considerar tal–, es ser un enamorado de nuestra Semana Santa y vivirla con gran intensidad durante todo el año.

No busquéis hoy, pues, en mis palabras, lecciones de historia, de arte, de música... o, menos aún, de teología. No las encontraréis. Nadie soy yo para ello, vaya por delante; pero, más aún, no es esta, desde luego, la ocasión.

No esperéis tampoco ese verso que nos llega como un certero flechazo directo al corazón; ni siquiera una prosa brillante. ¡Qué más quisiera yo...! Pero mis palabras no son más que un mero altavoz para un montón de sentimientos que se agolpan en mi mente, y que aguardan con nerviosismo –no sabéis cuánto– el momento de salir... Procuraré hacerlo, eso sí, de la forma más ordenada posible... aunque me temo que no va a ser nada fácil...

Vaya por delante que no será este un pregón al uso. De hecho, con una coyuntura tan cambiante y ante tanta incertidumbre, podéis

creerme si os digo que no he puesto el punto final hasta hace apenas unas horas... Y si el momento en que nos encontramos nada de normal tiene, tampoco este pregón puede ser el de un año cualquiera. No en esta ocasión, a caballo entre las que serán las dos Semanas Santas más duras que hayamos vivido: la de 2020 y la que está a punto de comenzar; más adelante, conforme vaya pasando el tiempo, ya decidiremos en qué orden... Esta situación tan atípica, tan difícil, no invita –al menos a este pregonero– a un extenso discurso ni a abusar de recursos, digamos, efectistas. Tal vez en otro contexto, pero no hoy. Confío en que sepáis comprenderlo.

Gracias a todos los que habéis querido acompañarme. A quienes habéis podido estar en este auditorio –y más, teniendo en cuenta la reducción de aforo– y a los que seguís este pregón a través de la televisión, de la radio y de internet. A pesar de la obligada distancia, me siento más que arropado.

Gracias, gracias de corazón a cuantos, de una u otra manera, habéis hecho posible que sea yo quien ocupe hoy esta tribuna: a quienes, desde las cofradías, habéis apostado por mí –espero estar a la altura de vuestra confianza–; a nuestro obispo emérito, Julián, por su aquiescencia; y al actual prelado legionense, Luis Ángel, al frente de nuestra iglesia diocesana desde hace tan solo unos meses, por su confianza y cercanía.

Gracias a mi familia, y muy especialmente a mis padres, que se *escornaron* por educarme en la fe y me ayudaron a subirme al ‘tren’ de la Semana Santa cuando pasaba por delante de mí...

Gracias, por supuesto, a todos aquellos con los que he tenido la suerte de compartir una parte, mayor o menor, de mi vida semanastera, y que me han ayudado a crecer como cofrade. Mención especial merece mi ‘hermano’ Carlos García Rioja, a quien le debo ser quien soy en este ‘mundo’; auténtica ‘cruz de guía’ a la que ‘seguir’ siempre que huela a incienso; trabajador incansable en favor de la Semana Santa y, sin lugar a dudas, uno de sus mejores conocedores. Mucho hemos vivido juntos, y confío en que mucho más aún sea lo que nos quede por compartir.

Pero, si a alguien, por encima de todos, he de dar las gracias –una y mil veces–, es a ella, con quien pujo, almohadilla con almohadilla, en este ‘paso’ que es el día a día en la ‘procesión’ de la vida; y que mete más y más el hombro para que no se hunda... A ella, la mejor ‘horqueta’ posible para nunca perder el paso... A ella, la principal perjudicada por mis quehaceres; a la mujer que amo, a mi esposa: a Merce.

### *La peor de las pesadillas*

«Ante las extraordinarias circunstancias, relacionadas con la pandemia del Coronavirus, que vive nuestra sociedad y atendiendo a las indicaciones realizadas por las Autoridades Civiles, Sanitarias y Eclesiásticas, lamentamos comunicar que se suspenden todas las actividades públicas, organizadas por las Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de León y por esta Junta Mayor, tanto durante la Cuaresma como en la próxima Semana Santa». Exactamente con estas palabras, que obligaban a tragar saliva, comenzaba el comunicado que, en la tarde-noche del pasado 13 de marzo de 2020 –hace exactamente un año y una semana– confirmaba la peor de las pesadillas que, no por esperada, dejaba de ser dolorosa...

El mazazo fue tremendo... pero no quedaba otra salida... La covid-19 avanzaba sin control con unos números aterradores de fallecidos y contagiados que no dejaban de crecer... De hecho, al día siguiente, era declarado el estado de alarma que, entre otras medidas, cerraría los templos y nos obligaría a vivir confinados en nuestros hogares en este tiempo tan especial, no solo para el León cofrade, sino para la ciudad entera, que vive entre Dolores y Resurrección sus días más grandes.

Y, sin apenas margen para reaccionar, las cofradías hicieron lo posible –y casi lo imposible– por llevar la celebración pasional a nuestras casas; y mal que bien, pudimos sobrellevarlo. No sin dificultad, acudiendo a las nuevas tecnologías... y a los recuerdos,



claro. Y vivimos una Semana Santa muy diferente... con un sabor agridulce... bastante más agrio que dulce.

Pero también es cierto que tuvimos más tiempo para reflexionar. Y para rezar. Y para demostrar que el mundo cofrade leonés no da la espalda a los más desfavorecidos. Y lo demostramos; vaya que si lo demostramos... Todas –todas– las penitenciales se volcaron en la acción social con distintas campañas, y la respuesta, de los leoneses en general, y de los papones en particular, ha sido –y sigue siendo– abrumadora... Hace un par de semanas, la Junta Mayor cuantificaba en más de cien mil euros la contribución de las penitenciales para con los más necesitados. ¿Cómo no se va a sentir uno orgulloso de ser cofrade?

Nadie podía siquiera imaginar, hace ahora un año, por lo que íbamos a tener que pasar... Todos nos hemos visto obligados a convivir con la covid-19 –unos, por desgracia, con peores consecuencias que otros–; y lo que presumíamos que no tardaría en ser un mal recuerdo se ha ido prolongando hasta nuestros días...

Y aquí estamos, a las puertas de una nueva Semana Santa, que también será distinta... y dura. Este año –en el que las nuevas tecnologías seguirán siendo fundamentales–, tampoco habrá procesiones ni otros actos en la calle. Pero sí estarán los templos abiertos y participaremos – en hermandad, en comunidad– en diferentes cultos. Pero, sobre todo, podremos visitar a esa imagen a la que profesamos especial devoción. Y rezarle. Y cruzar con ella esa mirada que ya lo dice todo. Y pedirle que nos ayude. Y darle gracias, que siempre hay motivo para ello...

Las cofradías han sabido reinventarse –lo llevan haciendo desde el año pasado– y, casi ‘a ciegas’ –por la incertidumbre de una normativa en constante cambio–, han logrado preparar distintos actos para acompañar al Señor en su Pasión, Muerte y Resurrección. Y por adversas que sean las circunstancias, el León cofrade –estoy seguro– no faltará a la cita.

Pero, con todo, no deja uno de tener cierto regusto amargo –las cosas como son– y, casi sin querer, echa la vista atrás haciendo balance de lo que ha vivido hasta la fecha... que no es poco.

Y recuerda a aquel niño que, sin haber nacido papón, desde bien pequeño ‘jugaba a las procesiones’ –como tantos otros– por el pasillo de casa; y que, al acercarse la Semana Santa, pasaba muchos recreos dando vueltas al patio del colegio con un cartón haciendo las veces de tambor... mientras Javier tarareaba sabe Dios qué marchas...; y que, de Dolores a Resurrección, buscaba el mejor bordillo para sentarse, a esperar la llegada de los pasos... y tratar de que algún papón amable le diera la mano...

Y... no, no me asustaban los papones. En tal caso, supongo, los que tendrían miedo serían mis padres... que no tardaron en darse cuenta de que eso de las cofradías iba, poco a poco, calando en mí...

Aquel niño fue creciendo y le dio por la música. Primero en la banda de la Bienaventuranza, en la cofradía del barrio, de San Claudio; y, años después, en la agrupación musical de La Cena, supo lo que era vivir la Semana Santa... de otra forma... muy muy intensa, dedicando muchas horas a un tambor a lo largo de todo el año, aunque por cómo sonaba, no debían de ser suficientes... Una vida sacrificada, y quizá con algún que otro disgusto, sí; pero, desde luego, muy gratificante.

Mención especial merece La Horqueta, que marca un antes y un después en mi vida cofrade. Aquella locura que, a principios de este siglo –cuando ya comenzaba a generalizarse el uso de internet– se le ocurrió a Pablo y a la que, con Carlos a la cabeza, nos acabamos sumando como una docena de enamorados de nuestra Semana Santa que creíamos poder aportar un nuevo punto de vista. Y pienso sinceramente –espero no me ciegue la pasión– que, en algunos casos, abrimos nuevos caminos. Quede para la historia «La Horqueta Digital» –el primer medio de comunicación cofrade leonés–, y también nuestras «Vísperas» –o, lo que es lo mismo, la pública presentación

de nuestro cartel, la entrega de nuestro premio y nuestro pregón– y «Papones de acera» –una más que especial guía de procesiones que, hasta la aparición de la covid-19, ha seguido saliendo a la calle– entre otros proyectos con el inconfundible sello horquetero como lo fueron también «Palabra del Señor» o «Recuerdos».

Esa pasión por la Semana Santa no tardó en traspasar fronteras para descubrir cómo se vive en otros lugares; una misma esencia manifestada de formas muy diferentes que permite tener una visión más global... El Encuentro Nacional de Cofradías –entre otras convocatorias– es cita obligada cada año, en donde nos reencontramos con cofrades de toda España –algunos de ellos, muy buenos amigos– y compartimos impresiones sobre distintos aspectos, y aprendemos los unos de los otros, y conocemos de primera mano otras realidades... Y aprovechamos también para intercambiar ‘material’: libros, revistas, carteles, estampas...; aunque este es un tema del que casi es mejor no hablar, pues responder en casa a la pregunta «¿más *telares?*» no siempre tiene fácil respuesta; el mismo caso, por cierto, que al llegar cada año de Fitur con el maletero del coche lleno de ‘papeles semanasanteros’...

El próximo Encuentro –permítaseme también ‘pregonarlo’– será en León. La covid-19 impidió que se celebrara ya el año pasado pero, en el próximo mes de septiembre –pandemia mediante; y, si no, cuando Dios quiera– recibiremos aquí a cientos de hermanos a los que nos une una misma ‘locura’...

La Semana Santa, en fin, se ha convertido en una forma de vida que, en mi caso, se traduce, además, en decenas y decenas de artículos, ponencias, presentaciones...; miles de fotografías; aventuras televisivas o la coordinación de LNC Cofrade, el suplemento sobre la Semana Santa de León que publica el periódico La Nueva Crónica.

Llegado este momento, decía, uno hace balance de lo que ha vivido y de cómo lo ha vivido. Y repasa lo mucho que le ha dado la

Semana Santa, caso, sin ir más lejos, de estar hoy aquí, en este atril, ante todos vosotros.

Pero, al mismo tiempo, mientras ansía que esta pesadilla de la pandemia llegue a su fin, no puede dejar de pensar en lo mucho que ha sufrido la sociedad en este año largo; en el daño que ha hecho –y sigue haciendo– la covid-19; en el miedo y el dolor que ha sembrado en la sociedad; y en tantos fallecidos –entre ellos, no pocos papones a los que nunca podremos agradecer lo suficiente su labor– a quienes hoy, sobre este escenario, recuerda esa cruz de difuntos. Descansen en paz.

### *Una celebración pasional heterogénea*

Es imposible entender León sin su Semana Santa, enraizada en la idiosincrasia de este pueblo desde hace siglos. Generaciones y generaciones de leoneses han ido dando forma a una celebración pasional que han sabido transmitir de padres a hijos hasta llegar a nosotros que, ahora, tenemos la obligación de cuidar y legar a quienes vienen detrás...

Precisamente se cumplen quinientos años de la primera referencia conocida a una procesión en León, en este 2021 en el que no habrá ninguna: el Jueves Santo de 1521 –28 de marzo– al entrar el cortejo en la catedral, coincidió con un tumulto en el marco del levantamiento comunero que tenía lugar por aquel entonces.

Era una procesión de disciplinantes –en la que se realizaba flagelación pública– que en poco se asemejaba a los cortejos de hoy en día; como tampoco se parecen demasiado aquella sociedad y la actual. Pero, desde entonces –aún desde antes– y hasta ahora, el mundo cofrade se ha ido adaptando a las distintas realidades y necesidades a las que ha tenido que hacer frente a lo largo de la historia. Y, ahora, todo apunta a que estamos en un nuevo momento de cambio...

Es la de León una celebración pasional heterogénea... con una historia secular y cofradías centenarias que han sido garantes de la tradición, sí. Pero también con otras que, a mediados del pasado siglo XX supusieron un soplo de aire fresco que revitalizó el mundo cofrade de la capital. Y, aún más, nueve de las dieciséis penitenciales fueron erigidas en apenas un lustro hace ahora alrededor de tres décadas, una eclosión sin parangón que ‘revolucionó’ el panorama semanasertero al que cada una contribuyó con un nuevo punto de vista.

Procesionan por nuestras calles imágenes con siglos de historia, y otras que acaban de salir del taller; unas nacidas de la gubia de las más grandes figuras de su tiempo y otras firmadas por autores no tan conocidos... además de obras anónimas y de serie; las hay de incalculable valor artístico y sin gran interés... Son imágenes que, en definitiva, reciben las oraciones de sus devotos, en mayor o menor número, desde hace más o menos tiempo, pero que hoy ocupan un lugar preferente en las carteras, en los coches, en las casas y... sobre todo, en los corazones de los leoneses.

Ponen fundamentalmente la ‘banda sonora’ a la Semana Santa formaciones musicales de los tres estilos –bandas de cornetas y tambores, agrupaciones musicales y bandas de música–, tanto pertenecientes a las cofradías como independientes, con trayectorias dispares, formadas por más o por menos miembros, con repertorios de mayor o menor complejidad...; sin olvidar la música de capilla, que invita de forma especial al recogimiento. Cientos de componentes –hoy, tristemente parados– dedican buena parte de su tiempo a su instrumento durante prácticamente todo el año; meses de gran sacrificio cuyo fruto no se recoge, salvo en un puñado de ocasiones, hasta que no acompañan a un paso...

Juntas de gobierno –con la responsabilidad, ahí es nada, de regir los designios de las cofradías– y grupos de montaje –encargados, desde un discreto segundo plano, de que todo esté a punto cuando lo tiene que estar– no pierden detalle de cuanto sucede en el día a día de las

penitenciales. Braceros, banderas, manolas, monaguillos... y, así, hasta el último de los hermanos; y también escoltas, floristas, fotógrafos, articulistas, pregoneros, conferenciantes, poetas, imprentas, medios de comunicación, Ayuntamiento, artistas, artesanos, empresas, colectivos, papones de acera... y un largo etcétera contribuyen a que la Semana Santa leonesa sea hoy tal y como la conocemos.

Toda la ciudad, en suma, vive con gran intensidad cada celebración pasional y sabe bien que, entre el Viernes de Dolores y el Domingo de Resurrección, aquí, quien ‘manda’, es el León cofrade.

Y es que es difícil encontrar en la capital una familia en la que no haya ningún papón. Unos lo son por ‘herencia’ y han ‘mamado’ la Semana Santa en casa; otros hemos llegado a ella por distintos caminos en algún momento de nuestra vida. Y muchos, de los unos y de los otros, vivimos la celebración pasional durante todo el año, también en tiempos de pandemia.

Lejano, muy lejano, se antoja ya aquel 21 de abril de 2019 – Domingo de Pascua– cuando la Resurrección llegaba por última vez a la iglesia de Jesús Divino Obrero.

Dicen que el tiempo pasa muy deprisa. ¡Ja! Hablando de Semana Santa, será a partir del Miércoles de Ceniza que, hasta entonces, la ‘travesía por el desierto’ se hace más bien dura... Aunque es verdad que, pandemia al margen, no tanto como hace apenas unas décadas; que, de un tiempo a esta parte, se ha ido incrementando notablemente la actividad semanasantera, también más allá de la Cuaresma y la propia Semana Santa.

Festividades y conmemoraciones; misas y triduos; besamanos y besapiés; exposiciones, conciertos, conferencias, pregones... hacen, desde luego, un poco más llevadera la ‘espera’...; y más aún las fechas ‘señaladas’: Primero de Mayo, la Alegría, Corpus, Corpus Chico, la Aparición de la Virgen del Camino, la Exaltación de la Cruz, la Virgen del Rosario, san Claudio, san Antón, la Virgen de Lourdes... Hay que

reconocer que nos gusta ver pasos en la calle... Y, estoy convencido, aún deberíamos apostar más por ello, pues acercar las imágenes a la gente es una buena manera de evangelizar, máxime en estos tiempos que corren en que ser cristiano parece que es ir contracorriente... Ya lo dejó para la historia el célebre capaz sevillano Manolo Santiago: «el que no sepa venir a la iglesia, que aprenda a rezar por las calles».

Y, aún más, iniciativas que, sin hacer demasiado ruido –que, en ocasiones pasan hasta desapercibidas– permiten que tengamos una vida cofrade mucho más intensa. Y especial. Gestionar Cáritas parroquial, organizar un plan estable de formación cofrade, poner en marcha un taller de bordado o conformar un turno de la Adoración Nocturna son buenos ejemplos nacidos en nuestras cofradías.

Sí, ya sé que la covid-19 ha puesto todo ‘patas arriba’; que buena parte de la actividad cofrade, aún hoy, sigue sin poder llevarse a cabo de la misma manera en que lo veníamos haciendo... Soy también consciente de que la pandemia no pasará ‘de puntillas’, y de que no hay que descartar que, cuando regresemos a la normalidad –a la normalidad ‘a secas’, digo–, costará arrancar otra vez con todo... Pero, si algo tengo claro, es que haremos cuanto esté en nuestra mano para recuperar lo antes posible nuestro ritmo habitual. Nuestra forma de vida.

Confío en que, más pronto que tarde, llegue el momento en que podamos de nuevo pujar hombro con hombro, ocupar todos los sitios en los bancos de la iglesia –o todas las butacas de este Auditorio–, abrazarnos, ‘arreglar’ la Semana Santa entre limonadas sin preocuparnos de restricciones, u olvidarnos de mascarilla, gel hidroalcohólico o distancia interpersonal. Y, sobre todo, tal día como hoy, poner la vista, ya no en el Viernes de Dolores, sino en la víspera, en la tarde-noche de ese jueves en el que el trono de la Morenica espera ‘pegado’ al templo, en la calle Mercado, a que termine la novena; en el que decenas de leoneses aguardemos para ser testigos de cómo la Virgen es bajada de su camarín y preparada para el día siguiente, en el que todo comienza...

## *Un año distinto*

Apenas seis días restan para que León se vista con sus mejores galas para dar la bienvenida a una nueva Semana Santa en uno de los días más esperados del año en la capital, aun en la situación en que nos encontramos, sin que vayamos ya sacando las túnicas del armario y preparando capillos, cíngulos, bocamangas y demás aditamentos. Viviremos estos diez días, aun sin llegar al extremo del año pasado – de infausto recuerdo–, de manera muy diferente a como lo haríamos si la covid-19 no se hubiera cruzado en nuestro camino, en un año cualquiera, con una guía de procesiones en nuestras manos. Pero, no...

Este Viernes de Dolores no escucharemos las primeras marchas cuando las bandas se dirijan, en ordinaria, camino del Mercado... ni nos agolparemos, poco antes de las ocho de la tarde, en la calle Herreros, al tiempo que los secretarios de las cofradías intercambian los ‘saludas’ que sirven de invitación para que no falten representaciones en sus procesiones...

No estaremos pendientes para ver cómo, al término de su novena, la ‘Morenica’ –que espero veamos algún día coronada–, atraviesa el dintel de la puerta entre repique de campanas para anunciar por las calles que la ciudad ‘pertenece’ a los papones, que ya es Semana Santa.

No iremos a carreras a la plaza del Grano –no cantarán las Carbajalas a la Madre de Dios y de todos los leoneses–, y de ahí a la calle Corta, y luego a la plaza Mayor, y a la calle Ancha, y a Santo Domingo. No entonaremos allí, en donde se erigía el convento dominico –con tan fuertes vínculos con nuestra Semana Santa siglos atrás–, la Salve a la Virgen. Ni la acompañaremos en su regreso por San Marcelo y la Rúa, ni le cantaremos su himno cuando llegue de nuevo a su ‘casa’... aunque a Merce no le termine de convencer mi interpretación...

Será este un Viernes de Dolores distinto...



No daremos este año la bienvenida en la plaza de Santo Martino el Sábado de Pasión a los primeros capirotes que recorrerán nuestras calles, los de la Cofradía de Jesús Sacramentado, la del nombre más largo en León, que los chavales –al menos antes– tratábamos de aprender de memoria para repetir de carrerilla, desde «Sacramental y Penitencial...» hasta «...Amparo de los leoneses». No veremos al Cautivo ‘andar’ de esa manera tan especial, a los sones de La Victoria, la banda que hace ya más de un cuarto de siglo abrió un nuevo ‘camino’ en la música cofrade leonesa.

No besaremos los pies al Cristo de la Redención con el que culminan las vísperas en las Carbajalas, esas monjas que tanto han hecho por nuestra Semana Santa.

No veremos tampoco al Cristo de San Claudio recorrer las calles del barrio que se encuentra en el mismo lugar en que se erigía el más importante monasterio leonés en la Edad Media, extramuros, dedicado a uno de nuestros primeros santos –que la tradición ha dado por hijo del centurión san Marcelo, patrón de esta ciudad–, martirizado junto a sus hermanos Lupercio y Victórico, en los primerísimos años del siglo IV –o, acaso, en los últimos del anterior– cuando el Cristianismo se asentaba en esta tierra.

Ante ese Crucificado aprendí yo a rezar, en la parroquia, antes siquiera de que le llamáramos Santo Cristo de la Bienaventuranza, cuando –es cierto– no era tan Moreno. Hoy, como entonces, sigo dándole gracias y pidiéndole tantas y tantas cosas –debo de tenerle ya aburrido...–; y sé que me sigue escuchando. Me da fuerzas. Me guía. Me ayuda. Día a día...

Hoy, decía, no veremos al Señor caminar del pretorio al Gólgota por las calles de San Claudio, a hombros de media docena de hermanos, acompañado por sus fieles –unos vistiendo túnica, otros no– que nunca le van a dejar solo, mientras la música de capilla nos ‘aisla’ de todo lo demás...

Rezaremos el via crucis, sí. Pero no tendré esta vez tan cerca – apenas a unos centímetros– a ese Dios clavado a la madera al que tanto debo, con su Cruz –símbolo de los cristianos– sobre mi hombro. Será, si Él quiere, en otra ocasión. Pero no faltará –eso seguro– mi momento de tú a Tú. Mi oración.

Será este un Sábado de Pasión distinto...

Amanecerá la ciudad llena de palmas y ramos el Domingo para recibir a Jesús, entre «hosannas», entrando triunfal en este León nuestro convertido en Jerusalén, en una mañana que lo era también de juntas generales... y de desayunos semanasantos. Aunque este año no podremos seguirle –cita casi obligada entre los más pequeños– camino de la catedral, a lomos de la Borriquilla, en la única procesión que organiza la Junta Mayor.

Tampoco entrará el Cristo del Gran Poder entre palmas en la calle Carreras en la procesión que inaugura la tarde del Domingo de Ramos leonés.

No llegarán los mozos –y ya no tan mozos– de la Sobarriba para acompañar al Dainos –«Dainos, Señor, buena muerte, por tu santísima muerte» se le sigue cantando, evocando otros tiempos–; no se rezará la salve a la Virgen Blanca en la catedral; no se encontrará con su Madre en la calle de la Amargura que es Santa Nonia cuando ya ha anochecido en León.

Ni se escuchará tampoco el golpear de las horquetas contra el suelo, uno de los sonidos que son esencia de nuestra Semana Santa y que la Cofradía de la Redención se ha empeñado en que no se olvide... Y que no me ponga falta mi seise, por cierto, por no estar en el patio de las Carbajalas, junto al Ecce Homo, para pasar lista...

Será este un Domingo de Ramos distinto...

No arrancarán el Lunes Santo las tres cofradías centenarias de la ciudad del templo semanasantero por excelencia, el dedicado –atiéndase de nuevo a la tradición– a la esposa de san Marcelo en ese cortejo que quiere ser ‘heredero’ de aquel del Pregón en el que, durante décadas, todas las penitenciales ‘anunciaban’ juntas lo que estaba por venir...

Rezará Santa Marta el Rosario de Pasión, pero en la iglesia de San Marcelo, sin recorrer las calles de la capital...

Adorará también el Sepulcro las Llagas de Cristo, en San Froilán, y no en ese recorrido en el que se pasa del bullicio al más absoluto de los silencios en apenas unos metros; cosas de este León nuestro...

Será este un Lunes Santo distinto...

Sí tendremos ocasión el Martes de acompañar al Señor en el via crucis con ‘sabor’ leonés que preside el Cristo de la Expiración en el templo conventual franciscano.

No dirigirá, en cambio, sus pasos la cofradía de origen ferroviario hacia el *Locus Apellationis* de la catedral, en donde en la Edad Media se realizaban las apelaciones de justicia, para materializar el perdón –que le da nombre– a un condenado; una segunda oportunidad –¿quién no la merece?– para encarrilar su vida, antes de que el cortejo cruce el río para regresar a su barrio, que impaciente le espera, encuentro incluido del Cristo arrodillado con su Madre de la Paz a la puerta misma de su casa, para no separarse ya más hasta el año siguiente.

Ni saldrá el cortejo mariano de Angustias, en el que tantas familias participan en sus filas, con sus tres Vírgenes: la de las Lágrimas, abriendo; la Soledad –que, en este caso, no procesiona bajo palio–, cerrando; y, en medio, ‘mi’ Virgen de las Angustias, a la que Gonzalo me enseñó a mirar de otra manera. No me diréis que no da gusto verla en la calle...

Será este un Martes Santo distinto...

Rememorará la Agonía, el Miércoles, en Santa Marina, las catorce estaciones del via crucis, aunque su imagen de Cristo amarrado al *patibulum* permanezca este año en su ‘casa’, en San Marcos.

No se rezará la salve en la Inmaculada, al llegar a la céntrica plaza la procesión en la que una legión de hombres acompaña a Jesús de Medinaceli recitando, con un ritmo muy particular, el Credo de los Apóstoles. Es esta una devoción no solo leonesa, sino compartida en muchos otros lugares y cuyo origen se encuentra en Madrid. Quien haya estado en su basílica puede confirmar que impresiona simplemente con mirarle desde la reja de su camarín. Yo, además, puedo asegurar que todo cuanto le he pedido, lo he recibido, si no más... ¿Cómo no estarle agradecido?

Y tampoco recorrerá las calles del antiguo León la procesión de la Amargura de Minerva, en la que abre el cortejo el *Lignum Crucis*, una reliquia de la Cruz de Cristo... que se puede venerar todo el año en la iglesia de San Martín. ¡Menudo privilegio... al que no siempre le damos la importancia que tiene!

No acompañarán este año los hermanos del Perdón al Cristo de la Esperanza en San Francisco de la Vega en su via crucis popular...

Ni recorrerá, a la luz de las antorchas, cuando el reloj diga que ya es Jueves Santo, las calles del barrio de Santa Marina la Ronda Lírico-Pasional del Desenclavo, una delicia para quien asiste, y un orgullo para el mantenedor. Y doy fe desde ambos puntos de vista.

Y no abrirá, tampoco, San Marcelo su puerta lateral de Legión VII para que, también a medianoche, salga el Cristo de los Balderas en un sobrecogedor via crucis que se recogerá a los sonos de *La Madrugá* de Abel Moreno... precisamente, ya de madrugada. Lo podremos rezar, eso sí, en el templo, y más pronto que de costumbre, claro, que no hay que olvidar el toque de queda...

Será este un Miércoles Santo distinto...

Amanecerá un nuevo día del Amor Fraternal, reluciendo más que el Sol... y de forma especial en San Claudio. Y, quién sabe... quizá desayunemos en hermandad –no vayamos a perder las buenas costumbres: que no falte café, ni tortilla, ni callos, ni limonada...– pero sin prisa para llegar a tiempo a pasar lista. Aunque acudiremos a la cita con nuestro Cristo ‘Moreno’; y recordaremos, un año más, cómo ser buenos cristianos: Mt 5, 1-12, aunque este año sea en su iglesia y no se eleven los pasos al cielo...

No recorrerán los jinetes de las Siete Palabras las calles de la ciudad para anunciar en sus plazas su procesión del día siguiente. Aunque el pregón sí será proclamado...

No habrá, ya por la tarde, Despedida entre el Señor y la Virgen –la de los Reyes– en San Isidoro.

Ni las hermanas de María del Dulce Nombre acompañarán a la Madre de Dios al pie de la Cruz.

Tampoco la Sagrada Cena recordará en las calles del ‘nuevo León’ la institución de la eucaristía tal día como este. Ni repartirá al término de la procesión el pan que fuera bendecido antes de comenzar.

Y no recorrerá el Nazareno desgarrado del Desenclavo –el Cristo de las Injurias–, las estrechas calles de Santa Marina que tanta historia rezuman, sin que su Madre lo pierda de vista. Pero sí habrá Oficio de Tinieblas, y también enclavamiento del Señor a la Cruz –que deja a uno casi sin respiración– en su templo, y desagravio en las Clarisas.

No se oirán toda la noche tambor, esquila y clarín por las calles de la ciudad antes de que una voz avise a los *hermanitos* de Jesús de que «ya es hora».

Será este un Jueves Santo distinto...

Despertará temprano –si es que ha podido dormir– León el Viernes, y Santa Nonia no estará vacía... aunque este año no sigan los trece pasos de Jesús la ‘Ruta de los Cuatro Conventos’. No hará falta que Rubén le deje unas ‘tiradas’ a este suplente. No habrá Encuentro entre San Juan y la Virgen en la calle de la Amargura leonesa –solo ellos dos–, ni se escuchará el raseo en Cardenal Landázuri, ni cantarán las Clarisas al Nazareno al otro lado de la celosía. El Señor, esta vez, recibirá en su casa a los leoneses, que no le dejarán solo. Y tiempo habrá, también, para desayunos de papones, cita inexcusable para muchos, en donde lo verdaderamente importante es el ambiente... que este año, claro está, no será el de siempre...

Sí habrá Sermón de las Siete Palabras, aunque no será esta vez antesala de la procesión que las debería evocar después en la calle.

Y no se encargará Minerva de enterrar a Cristo –que es este año impar, y así está dispuesto–, un emblemático cortejo al que asiste todo León, representado en su corporación municipal que, incluso, puja durante un tramo la Soledad –la Virgen Guapa–, como también otras autoridades. La ciudad, en fin, acompaña a María en tan difícil momento...

Será este un Viernes Santo distinto...

No será desenclavado Cristo delante de la puerta del Perdón de San Isidoro –será, esta vez, en Santa Marina–, en unos minutos en los que León contiene la respiración mientras cinco hermanos del Desenclavo se ‘convierten’ en José de Arimatea y Nicodemo para bajar su cuerpo, ya sin vida...

No recorrerá la Virgen, en Soledad, su barrio de Jesús Divino Obrero, nacido al calor de una hermandad, llorando a su Hijo muerto...

Y tampoco irá el Hombre Nuevo del Sepulcro dejando parte de su fuego en distintas iglesias de la ciudad para celebrar la victoria de

Cristo sobre la muerte, la razón de ser de todo cristiano. Esta vez, ese fuego, luz que brillará en la oscuridad al comenzar la vigilia pascual, lo entregará la penitencial tan solo en el primer templo diocesano, en nuestra *Pulchra leonina*.

Será este un Sábado Santo distinto...

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! Aunque este año no recorra Jesús de la Esperanza el entorno de San Isidoro nada más terminar la vigilia...

No acudiremos, temprano, el Domingo de Pascua, a Jesús Divino Obrero. No atravesará el Señor, prácticamente solo, el León más histórico camino de la catedral, al encuentro de su Madre. No cambiará allí la Virgen su manto, del negro de luto por un jubiloso blanco; ni anunciarán las palomas en el cielo leonés que Cristo vive. No cantarán las Siervas la Salve.

No despedirán esta Semana Santa sus cuatro pasos a las puertas del templo parroquial del Ejido, aunque muchos hubiéramos dejado de seguir el cortejo antes de que se adentrara en su barrio, como si no quisiéramos ser testigos –así somos– de un paradójico agridulce final que da paso a la tarde más ‘vacía’ del año.

Será este un Domingo de Resurrección distinto...

Y entonces, tras haber vivido las dos Semanas Santas más duras de nuestra historia, reiniciaremos la cuenta atrás hacia un nuevo y lejano –muy muy lejano– 8 de abril de 2022, Viernes de Dolores, en el que –Dios así lo quiera– estaremos de nuevo esperando a que, a las ocho de la tarde, la Virgen del Mercado cruce el dintel de la puerta de su ‘casa’, entre repique de campanas, y sea de nuevo en León, Semana Santa.

He dicho.

## *Pregoneros de la Semana Santa Leonesa*

---

- 1962 — Pedro de Lorenzo y Morales  
1970 — Luis Alonso Luengo  
1971 — Antonio Briva Miravent  
1972 — Ciriaco Pérez Bustamante, José María Rey Caballero  
y Manuel Figueroa Rojas  
1973 — Luis María de Larrea y Legarreta  
1974 — Ángel González Álvarez  
1975 — Millán Bravo Lozano  
1976 — José Anta Jares  
1977 — José María Suárez González  
1978 — Fernando Salgado Gómez  
1979 — Antonio Viñayo González  
1980 — Alfonso Prieto Prieto  
1981 — Fernando Sebastián Aguilar  
1982 — Manuel Núñez Pérez  
1983 — Juan Morano Masa  
1984 — Juan Carlos Villacorta Luis  
1985 — Lorenzo López Sancho  
1986 — Fernando Ónega López  
1987 — Eduardo Teófilo Gil de Muro Quiñones  
1988 — Gregorio Peces-Barba Martínez  
1989 — Jesús Torbado Carro  
1990 — Jesús María Javierre Ortas  
1991 — Antonio Viñayo González  
1992 — Arsenio Lope Huerta  
1993 — Luis Pastrana Giménez  
1994 — Victoriano Crémer Alonso  
1995 — Antonio Vilaplana Molina  
1996 — José Magín González Gullón, Revillo  
1997 — Luis del Olmo Marote  
1998 — Fernando Llamazares Rodríguez



- 1999 — Antonio Trobajo Díaz  
2000 — Antonio Vilaplana Molina  
2001 — Francisco Javier Martínez Fernández  
2002 — Javier Caballero Chica  
2003 — Domingo Montero Carrión  
2004 — Luisa Inés Prada Fernández  
2005 — Felipe Fernández Ramos  
2006 — Nicolás Miñambres Sánchez  
2007 — Bernardo Velado Graña  
2008 — Máximo Cayón Diéguez  
2009 — José Román Flecha Andrés  
2010 — Jorge Revenga Sánchez  
2011 — Carlos Amigo Vallejo  
2012 — Mario Díez-Ordás Berciano  
2013 — José Manuel del Río Carrasco  
2014 — Eduardo Álvarez Aller  
2015 — Jesús Fernández González  
2016 — Manuel Jáñez Gallego  
2017 — María Aurora García Martín  
2018 — Javier Fernández Zardón, Motorines  
2019 — Héctor-Luis Suárez Pérez  
2020 — Suspendido por la pandemia de covid-19







AYUNTAMIENTO DE LEÓN

